

¿SER SANTO SIN DIOS?

El propio autor nos explica cuál es su punto de partida y qué es lo que pretende: «"El único problema concreto que conozco hoy es: ¿se puede ser santo sin Dios?" Habíamos olvidado esta pregunta planteada por Albert Camus en La peste. Luego, hombres y mujeres le han dado respuesta en los contextos más diversos, sin pretender justificar esta búsqueda de otra forma que por su propio testimonio. Gracias al nuevo interés despertado por la cuestión del sentido, algunos escritos de sabiduría proponen caminos espirituales que resumen a su manera la pregunta de Camus». Solamente añadir que M. Rondet abordó ya el tema a fin de las espiritualidades «alternativas» en un artículo anterior (véase ST n.º 143 (1997) 197-202).

Être saint sans Dieu?, Études 390 (1999) 65 1-658

Refiriéndose al libro *La sagesse des Modernes* de A. Comte-Sponville y L. Ferry, escribe L. Lonchamp: "Nuestros nuevos sabios no filosofan abstractamente. ¿Qué buscan? Una espiritualidad para nuestro tiempo. He subrayado espiritualidad. La palabra hace furor hoy. Más suave que "religioso", parece menos dogmática que "fe" y más ecuménica que "Iglesia". (...). Es una palabra anti-estrés, llave maestra, agradable, acomodaticia. No desprende el tufillo de cosa encerrada de las certezas dogmáticas ni frisa en el adoctrinamiento. No compromete a nada: ni a tomar parte en las campañas fanáticas ni a frecuentar las capillas sectarias. En definitiva: una palabra de buena ley".

Una espiritualidad laica

De hecho la palabra se usa cada vez más y en los más distintos contextos. Gracias a ella cabe evocar preocupaciones espirituales sin el óbice del dogma o la institución. A los que quieren vivir la modernidad más allá de toda referencia religiosa ella les permite plantear las cuestiones fundamentales típicas de las sabidurías religiosas. Se trata de ir a fondo en las cuestiones del sentido dejando de lado todo recurso a una trascendencia de tipo religioso.

Escribe L. Ferry: "Hace veinticinco años la sola idea de *una espiritualidad laica* nos hubiera hecho reír. Hoy, en cambio, la expresión nos va como anillo al dedo para designar una esfera más elevada que la de la moral: la aspiración a lo sagrado se reorienta a partir del mismo ser humano y del misterio de su libertad".

Esta búsqueda quiere estar intelectualmente bien fundada. Y, por el hecho de ser laica, no renuncia a la aportación de las tradiciones religiosas.

Según esto, ¿se puede ser santo sin Dios? El cristiano que pretende responder a esta pregunta ha de ser consciente de que espontáneamente se referirá a las distintas tradiciones religiosas, reconociendo, en todo caso que existen entre ellas líneas de convergencia que trascienden los marcos confesionales. Pero osamos ir más lejos: promover un diálogo libre de los "espirituales" sin referencia común. Del encuentro de tres días que tuvo lugar en el centro de La Baume (Aix-en-Provence) hemos podido sacar las primeras conclusiones de una búsqueda todavía parcial y titubeante.

Interioridad

Hablando de mujeres y hombres "despertados a la atención", Simone Weil advierte algo esencial. Todo comienza con esa mirada que, dejando de lado el mundo exterior, se fija en lo que está más allá: las condiciones profundas de la existencia. Se trata de un intento por encontrarse a sí mismo, descubrir en sí una "hondura" que nos fundamenta y nos justifica. Subyace la convicción de que el ser humano es más de lo que él dice de sí, que hay en él un filón escondido que es menester descubrir. Es por esa convicción por lo que se rechaza alienarse en la exterioridad y se descubren los caminos de la interioridad: silencio, soledad, meditación.

Alteridad

Todo comienza, pues, con ese esfuerzo de atención a la cara oculta de la existencia. Pero la aventura espiritual no se detiene aquí. Como sucede en otros ámbitos, tampoco aquí uno busca solo. Y también la interioridad tiene sus espejismos y sus trampas. Por desconocerlas algunos han llegado al borde del delirio. Entonces han descubierto la imperiosa necesidad de una mano amiga: un guía, un maestro o, al menos, una tradición. Esa necesidad la habían subrayado ya las tradiciones orientales. En la misma línea, la tradición monástica de los Padres del desierto no concibe la aventura espiritual fuera del diálogo "anciano/ discípulo". Casiano y S. Benito transmitirán esa herencia a todo el Occidente cristiano.

Los promotores modernos de "espiritualidad es laicas" no se remiten a esa necesidad. Pero les gusta situarse en una tradición determinada de pensamiento: la de un materialismo no dogmático tipo Epicuro o Spinoza o la de un humanismo trascendental.

Todos los asistentes a las jornadas coincidimos en que, de una u otra forma, la aventura espiritual desembocaba en un encuentro: encuentro que se realiza con aquél que las tradiciones religiosas llaman Dios y que, en los místicos, aparece como el único que trasciende todo lo que se puede decir de él; encuentro más impersonal, pero vivo, con una naturaleza divinizada, maternal y protectora; encuentro con el ser humano, con el hermano, por el que uno podría sacrificar su vida.

Aunque variadas, esas referencias no son banales. En lo más hondo de sí, se descubre una alteridad, que invita a salir de sí para ir más allá. Encuentro misterioso que impulsará a Etty Hillesum a hincar su rodilla sin atreverse todavía a nombrar el manantial oculto ante el que se prosterna:

"Esta tarde me he encontrado súbitamente arrodillada sobre la alfombra oscura del cuarto de baño, la cabeza envuelta en mi bata que pendía de la silla de mimbre. Nunca he sido capaz de arrodillarme: me resulta violento. ¿Por qué? Sin duda, porque hay también en mí una vertiente crítica, racionalista, atea. Y, sin embargo, de vez en cuando, experimento un profundo deseo de ponerme de rodillas -las manos sobre el rostro- y de encontrar así una paz profunda poniéndome a la escucha de un manantial oculto que brota en lo más hondo de mí misma".

La alteridad descubierta puedo abordarla de muchas formas. Por íntima que sea, tiene algo que me trasciende.

Trascendencia

Aquí los testigos titubean. Hace falta hablar de trascendencia? La palabra da miedo. Pero, por más que su significado pueda ser preciso o vago, resulta difícil evitarla. La cuestión del sentido último desemboca en lo que las religiones denominaban lo sagrado refiriéndose a un rostro de Dios. Los místicos lo llamaban el Inconocible -el que está más allá de todo- para expresar que, para ellos, él es lo más esencial. San Juan de la Cruz se expresa así:

*En mí yo no vivo ya
y sin Dios vivir no puedo,
pues si sin él y sin mí quedo
ese vivir qué será.*

En su intento por "laicizar" la búsqueda espiritual L. Ferry reivindica esa referencia a lo sagrado cuando escribe:

"Creo que, sin darnos cuenta, seguimos poniendo unos valores superiores a la vida. (...). Estoy convencido de que la hipótesis del sacrificio no se nos ha vuelto extranjera. Sólo ha cambiado de sentido y de objeto, a medida que penetramos en el universo laico: los motivos tradicionales del don de sí ciertamente se han esfumado. Muy pocos en Europa aceptarían hoy, como tantos lo hicieron antaño, exponer su vida por Dios, por la patria, por la revolución. Pero por los seres que amamos ¿por qué no? Es este desplazamiento de las trascendencias "verticales" de antaño a las "horizontales" de hoy, encarnadas en la humanidad misma, lo que me parece definir nuestro nuevo espacio espiritual".

Si la vida de otro merece que yo le sacrifique la mía, no es porque un Dios o un imperativo exterior me dice que reconozca su dignidad, sino porque ella se me presenta como sagrada. Terry habla de "trascendencia en la inmanencia". Se trataría de los principios morales y de las verdades científicas no impuestas desde fuera por una revelación, sino inmanentes a la humanidad, aunque trascendiendo las culturas particulares.

La experiencia espiritual abre, pues, a una cierta trascendencia. La pregunta es ahora: ¿en qué consiste esa trascendencia? ¿en el encuentro con el Otro que evocan los místicos? ¿o en la toma de conciencia de que hay en el hombre un "misterio" que supera al hombre? Escribe L. Ferry:

"La trascendencia es ciertamente una realidad cuyo origen nos escapa. Por esto me parece legítimo hablar de "misterio". La verdadera pregunta, si uno no la niega, consiste en saber si la trascendencia procede de la ilusión (...) o de ese misterio que la religión designaba antaño como lo divino y que acaso debemos repensar o pensar de una forma distinta".

L. Ferry acepta "flirtear" con el lenguaje religioso porque no quiere perder lo que con él se significa. Pero mantiene su rechazo a la imposición de una verdad externa a la libertad. Ahora bien, situados en el enfoque de una "espiritualidad para nuestro tiempo", ¿es que los místicos no tienen nada que decir sobre la libertad? Para ellos, el Absoluto de su vida no les resulta exterior, sino todo lo contrario: "lo que está más en lo hondo de mí mismo que yo mismo" (San Agustín). Esto es cierto incluso para los místicos que se

sitúan en una tradición, como el Islam, que subraya la radical alteridad de Dios. Es el caso de esta hermosa plegaria de Râbi'a al-'Adawiya, esclavo musulmán del siglo VIII:

"Dios mío, si te adoro por temor del infierno, abrázame en el infierno; si te adoro por la esperanza del paraíso, exclúyeme del paraíso; pero, si te adoro únicamente por Ti mismo, no me prives de tu belleza eterna"

Y lo mismo es para los que, en el contexto cristiano, han escogido expresarse en el lenguaje nupcial del *Cantar de los Cantares*, en el que la libertad se abre de par en par en el encuentro. Así San Juan de la Cruz:

*¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en mi más
profundo centro!*

Esta llama de amor, es para él, el Espíritu Santo. Es ella la que le hace libre respecto incluso a las tradiciones y a las instituciones a las que se refiere en sus escritos.

Convergencias y expectativas

En la aventura de la experiencia espiritual hemos distinguido tres etapas caracterizadas por tres actitudes: interioridad, alteridad, trascendencia. Son las dos últimas las que nos han planteado más preguntas: ¿que tipo de alteridad y, sobre todo, de trascendencia?

Los cristianos dieron testimonio de que estas tres dimensiones de la vida espiritual tienen un nombre. En lo más íntimo de ellos mismos el Espíritu habla a su espíritu (Rm 8,16). Esta voz interior les conduce al Cristo de los Evangelios, que se convierte en el camino que conduce al Padre, al Absoluto del Amor. Sin darle este nombre, Etty Hillesum ha seguido exactamente este mismo camino interior, que ha hecho de ella una mística para nuestro tiempo.

El intento de L. Ferry de fundamentar una "espiritualidad laica" nos ha cuestionado a todos. Todos coincidimos en que se daban cita allí las dimensiones esenciales de toda búsqueda espiritual. Pero, si se rechaza *a priori* toda posible referencia que no sea el propio sujeto y su libertad ¿no se cierra el paso a una auténtica alteridad? Y todos sabemos lo importante que es el encuentro con una auténtica alteridad para crecer en una actitud humana. Sólo este encuentro es capaz de hacernos salir del encierro en nosotros mismos. Si la trascendencia se sitúa en la sola inmanencia ¿no se está expuesto a equivocarse sobre su realidad o de valerse de un lenguaje religioso sin asumir su contenido?

Pero, si el concepto de "trascendencia en la inmanencia" permite acoger de veras lo absoluto, ¿hay que decir *a priori* que la fidelidad a la modernidad exige que se considere como exterior al hombre una trascendencia que justamente ha asumido rostro humano?

Optar por la categoría "espiritual" ¿no es ya abrirse, en el corazón de la inmanencia, a una alteridad por la que uno se deja interrogar? En el fondo de su propia búsqueda ¿no se experimenta el ser humano como él mismo "buscado", interrogado? También aquí

interesa el testimonio de los místicos. El Dios con el que se encuentran no es el que responde a su pregunta, sino el que les pregunta: "Hombre, ¿quién eres? ¿quién quieres ser?".

¿Se puede ser santo sin Dios? Sí, responden hombres y mujeres de nuestro entorno. Pero su misma existencia sigue planteando la cuestión de Dios.

Tradujo y Condensó: MÀRIUS SALA